

## PRÓLOGO

Las personas aprendemos fácilmente a través de historias. Nuestro cerebro está cableado para extraer significado de una historia de manera natural, mientras que extraer significado de estadísticas o conceptos abstractos requiere de un esfuerzo cognitivo importante. «La muerte de un soldado ruso es una tragedia; la muerte de un millón, una estadística», dijo alguna vez Stalin.

Las buenas historias nos conectan con los temas universales de la experiencia humana, y así logran que nos veamos reflejados en las peripecias de sus protagonistas. Cuando reconocemos las emociones, dilemas, angustias y motivaciones que guían el comportamiento de un personaje en una historia, podemos tomar suficiente distancia como para encontrar paralelos con nuestras situaciones y experiencias. Esa distancia nos permite un aprendizaje más claro y nutrido.

La historia que usted tiene entre manos ha sido tejida para facilitar el aprendizaje que requiere el que, a mi juicio, es uno de los caminos más difíciles que puede recorrer una persona: emprender.

Ben Horowitz, cofundador de compañías billonarias y hoy socio de Andreessen Horowitz, la prestigiosa firma de capital de riesgo de Silicon Valley, afirma que, si un emprendedor no se despierta en las noches con ganas de vomitar por la angustia que le generan los desafíos que tiene por delante, no está haciendo bien su trabajo.

Emprender implica echarse el mundo a los hombros. El mundo del emprendedor queda inmediatamente soportado por una espalda que, se trate de quien se trate, nunca está preparada para semejante peso. Sus sueños, sus necesidades básicas, sus miedos, habitan en ese planeta que ha construido en torno a su emprendimiento. Ya no hay empleador con todo lo que eso significa: depósitos fijos que entran a la cuenta en cada quincena pase lo que pase, jefes o colegas a los que echarle la culpa o a los que ir a pedir ayuda, problemas que uno puede elegir ignorar porque, al día siguiente, la empresa seguirá estando ahí. Quizá lo más importante que se pierde es el refugio mental de saber que uno puede abandonar y cambiarse de trabajo o, simplemente, dejar de comprarse el pleito y vivir más tranquilo. Todo eso que se da por sentado cuando uno tiene un empleo se convierte en un peso enorme sobre la espalda del emprendedor.

El pacto empleado-empresa es simple y ha funcionado por siglos: el empleado da esfuerzo, habilidad y conocimiento; a cambio, la empresa le da estabilidad y un grado de comodidad acorde con su nivel de esfuerzo, habilidad y conocimiento. Cuando una persona decide emprender, pasa de ese pacto claro y efectivo a un entorno sin reglas, absolutamente incierto, donde cualquier cosa puede pasar y no hay acuerdo que valga.

Como en el recorrido de Ulises en la historia de este libro, en el recorrido del emprendedor cualquier cosa puede pasar. Y al igual que Ulises, para acercarse a su destino, el emprendedor tiene que buscar ayuda donde sea menos evidente.

Las lecciones que los emprendedores pueden obtener de sus páginas son profundas y valiosas. Pero no se confunda, no es una de esas parábolas de autoayuda que prometen recetas para alcanzar el éxito. La historia que sigue ofrece lecciones solo para el que tenga la valentía de mirar hacia adentro de sí mismo y la fortaleza de espíritu para sobreponerse a lo que encuentre.

Es inusual en América Latina que un ejecutivo con una experiencia tan rica como la de Martín Salas tenga la generosidad y la dedicación para compartir lecciones aprendidas, a lo largo de décadas, con cualquiera que tenga el interés de conocerlas. Es un esfuerzo que los lectores de este libro, sin duda, agradecerán.

Por eso, recomiendo a cualquier emprendedor invertir en leer la historia de Ulises con la disposición de hacer una introspección rigurosa. Quien lo haga será bien recompensado.

Carlos Ganoza Durant  
Cofundador y CEO de Quantum Talent

Ulises abrió los ojos e inmediatamente se volteó para ver a su esposa. Aun en la oscuridad, podía ver y sentir aquel cuerpo a su lado, que apenas parecía moverse si no fuera por aquella respiración pausada y tranquila, que confirmaba el sueño profundo de su mujer.

Acostado, y mientras se estiraba, empezó a recitar en su mente las oraciones a los dioses, como lo hacía siempre. Agradecía por su salud, por su familia, por sus bienes y por su trabajo. Ulises era un siervo, hijo de siervos, nieto de siervos. Estaba orgulloso de lo que había logrado con su esfuerzo: llegar a ser un siervo maestro fuera de la comuna en la que había nacido. Eso era poco usual y lo enorgullecía. Volvió a agradecer a los dioses por aquello.

Ulises era un hombre de mediana edad, pero venía notando ciertos cambios en su cuerpo y su mente: se cansaba más rápido que antes, le dolían algunas partes del cuerpo, pero lo que más le preocupaba era que no dormía con placidez como solía hacerlo. Sentía ansiedad y no encontraba la razón.

Esa ansiedad no era nueva para él; la había sentido a lo largo de su vida, desde que era un niño. Cuando era pequeño, había anhelado estabilidad. Su padre era un siervo medio que no había logrado desarrollar una habilidad en particular y, con mucho afán, buscó oportunidades de aprenderlas de un lado a otro y, con ello, mudó a su familia

continuamente. No faltaba comida en casa, pero tampoco sobraba. Ulises había crecido agradeciendo a los dioses por lo que tenía, tal como se lo habían enseñado sus padres, pero anhelando ser y tener más.

El mundo en el que vivía Ulises era simple. Existían amos y siervos. Los amos eran dueños de la tierra, los negocios y todo comercio. Los siervos trabajaban para ellos en varios roles, desde los más humildes hasta los más encumbrados y de confianza, como administrar los negocios más importantes de sus amos. Existían también los fantasmas, pero nadie hablaba de ellos. Eran antiguos siervos que habían sido abandonados por sus amos, o aquellos que nunca pudieron siquiera llegar a ser siervos. Eran invisibles, no porque no se les pudiera ver, sino porque nadie se interesaba por ellos. Se les miraba sin verlos.

Gracias a su esfuerzo, Ulises había logrado convertirse en administrador de uno de los negocios más importantes de un amo muy poderoso, tan poderoso que tenía negocios en muchas tierras, algunas muy lejanas del lugar donde Ulises había nacido y crecido. Con mucho empeño, había escalado lentamente en la jerarquía de siervos, y en ese proceso había podido viajar a otros lugares y ser apreciado, además de su trabajo, por su inteligencia y don de gentes. Sin embargo, ese cargo lo había alejado de sus amigos de juventud, de las querencias de su tierra y de aquello que siempre valoró: su tierra de origen, donde había pasado los primeros años de su niñez.

Aquella mañana, Ulises se veía en el espejo mientras se aseaba. En aquella imagen procuraba recordar al niño, al

joven que soñaba con la adultez y el éxito, a aquel muchacho cuyo corazón era puro e ingenuo y que hoy, esa mañana, ya no podía reconocer en aquella imagen. «Te estás haciendo viejo, Ulises, y no has cumplido tus sueños más queridos», pensó mientras un aire de melancolía lo atrapaba, como casi todas las mañanas en las últimas semanas, y mientras veía los cabellos grises que empezaban a poblar sus sienas y su mentón.

¿Acaso tendría algo que ver Ema, su fiel colaboradora y amiga, que lo acompañaba por años desde aquel día que la tomó como aprendiz, casi cuando él también empezaba como un administrador muy joven con el amo

Aristos? Ema lo admiraba y había hecho una amistad muy cercana con Ulises, y por mucho tiempo ambos cuestionaban por qué tendrían que contentarse con ser siervos toda la vida. Sin que ella lo supiera, aquellos pensamientos tocaron una fibra íntima en él.

Desde niño, Ulises había creído que estaba destinado a la grandeza, pero su condición de siervo lo había hecho pensar que los dones que le habían dado los dioses nunca podrían servir en un mundo donde él era inferior. No había mucho que hacer –reflexionaba– cuando a su alrededor veía la decepción y resignación en las caras de sus conocidos, empezando por su padre. ¿Acaso no todos piensan que su vida está destinada a ser excepcional, a tocar grandeza?, se preguntaba con tristeza. ¿Qué significaba la grandeza en todo caso?

Desde hacía un tiempo, Ulises había empezado a cuestionar el mundo en el que vivía: por qué había amos